

**Biografía del autor:** Matías Rodrigo Palavecino nació en Goya, Corrientes, Argentina, el 24 de enero de 1987, se graduó como Profesor de Enseñanza Media y Superior en Lengua y Literatura en el Instituto Privado Superior “Presbítero Manuel Alberti” y actualmente se desempeña como docente en su ciudad natal. A los 16 años comenzó a escribir sus primeros relatos en la ciudad de Ushuaia, Tierra del Fuego, lugar donde descubriría su pasión por la literatura. Es autor del libro de cuentos de terror fantástico, *Cuando los ojos ven lo que no deben* (Autores de Argentina, 2017) y del libro de cuentos de realismo psicológico, *Bajo la piel oculta* (Alción Editora, 2019).

ISBN y código de barras: 9789877618723

## **EL BESO DE LA MUJER SERPIENTE**

Por Matías Palavecino

Cuento perteneciente a la obra *Cuando los ojos ven lo que no deben*

### I

Nada, eso sí que nada había sucedido jamás en este barrio. Además, como es un área residencial, nunca se creyó posible algo semejante, sobre todo en estos tiempos modernos llenos de aparatos tecnológicos. Aun así, Goya es una ciudad repleta de leyendas y relatos fantásticos, como todo Corrientes. Pero, a pesar de contar con historias de criaturas imaginadas dotadas de poderes sobrenaturales, nada se compara con lo que le ocurrió a Eric Montenegro y a Simón Alegría.

Había concluido la cena, arroz con albóndigas en salsa, cuando decidí ir a observar las estrellas, porque el telescopio, que al principio me parecía súper por tener la idea de observar a mis vecinos, resultó ser inútil ante un barrio tan monótono y poco interesante. Así que por eso me dedicaba a indagar en el espacio, por lo cual, sólo de noche, y en ocasiones, utilizaba mi moderno catalejo.

Aquella noche resultaría la más significativa de toda mi existencia, debido a que sería testigo de un hecho trágico y fantástico. Es casi ilógico hablar de tragedia y fantasía al mismo tiempo y en un mismo enunciado hoy en día, porque se concibe una idea diferente de cada palabra que no se da en la actualidad y, si se da, no se relacionan. Se puede hablar de una tragedia que resulte fantástica o de un hecho fantástico que culmine con un final trágico, pero yo hablo de un hecho trágico y fantástico.

Como no encontraba nada más que fugaces puntos brillantes en las nubladas alturas, descendí mientras regulaba las distancias hacia otra oscuridad y apunté a otros sectores que también contaban con puntos lumínicos. Allí los vi como todas las noches a los guardias o serenos del barrio. No sabía el nombre de ninguno, tampoco me interesaba hasta entonces, pero luego supe que el más alto y robusto se llamaba Eric Montenegro y el otro, Simón Alegría.

Al principio no hacían nada, sólo estaban parados e iban de aquí para allá respetando una coreografía aburrida de contemplar, apuntaban con sus linternas las zonas oscuras y se reían mientras fumaban sus cigarrillos. Lo que no entendía era para qué utilizaban gorras, si no había sol.

Cuando iba a rendirme por el aburrimiento y me iba a entregar al Señor de los Sueños, se desató lo interesante.

Casi no percibí una pequeña variación en el moreno y robusto Eric, se había tocado tres veces la oreja izquierda y el cigarrillo que estaba por la mitad se le cayó de entre sus dedos. Después advertí que algo le estaba sucediendo cuando comenzó a actuar de forma extraña, como si estuviera gritando de dolor. De inmediato, su compañero se preocupó por su estado que empeoraba rápidamente.

Vi cómo hablaban intranquilos mientras Eric se tocaba numerosas veces la oreja izquierda como si algo particular lo aquejara. Ambos miraban para todas partes pero allí no había nadie, o eso pensaba yo.

El sereno Alegría llevaba el rayo de su linterna de un lado al otro buscando inútilmente la causa de aquello que estaba torturando a su compañero.

Por lo visto el dolor que sentía Montenegro era tan terrible que no podía dejar de gritar; sus piernas cedieron haciéndolo caer, su mandíbula se apretaba al punto que parecía que los dientes se le partirían, su semblante se arrugaba y sus manos tapaban con fuerza la oreja izquierda. Indudablemente era presa de un sonido infernal que le afectaba sólo ése oído.

Simón se alejó de Eric que se había quedado retorciéndose hasta que perdió el conocimiento.

## II

Yo iba a avisar a mis padres lo que estaba viendo, pero luego reflexioné, papá siempre me recordaba desde antes de haberme comprado el telescopio que no lo utilizara para observar a las personas porque podría meterme en problemas. Así que me quedé viendo si en verdad era grave aquella situación.

Seguí a Simón y no le quité el ojo de encima, vi que corría hacia una casa, llamaba al portero eléctrico y luego sonoramente con sus manos haciendo chocar una y otra vez sus palmas. Como tardaron un poco en atenderlo, quise ver por Eric si continuaba retorciéndose o ya se había tranquilizado, pero descubrí que no estaba. Todo sucedió tan rápido. Había desaparecido como si la tierra se lo hubiese tragado. Creí que ni rastros había de él, pero me equivoqué.

Entretanto, Simón había estado inclinado hacia el pilar donde estaba el portero eléctrico por el cual hablaba con los dueños de la casa que se encontraban alejados de la entrada en el interior de su elegante morada. Luego se dirigió hacia donde seguramente había creído que hallaría a su compañero.

Cuando llegó donde lo había dejado no lo halló, cualquiera pensaría que se trataba de una broma, pero yo no lo creí. Pensé que Eric se habría arrastrado hasta la casa más próxima en busca de ayuda, sin embargo reflexioné sobre esa idea y descubrí que la casa más cercana de donde ellos habían estado juntos era la de la señora Elisa Tondelli, donde Simón había ido a hablar.

Simón Alegría se estaba encaminando evidentemente a la casa de la señora Tondelli cuando se detuvo. Observó el lugar y apuntó con su linterna hacia un lado y hacia el otro. Halló el *walkie-talkie* de Eric tirado en el suelo; inmediatamente una lluvia de extrañeza me llenó.

Simón deslizó lentamente la luz unos metros más adelante y descubrió la linterna de su compañero, luego, al tiempo que se iba acercando a los objetos sin molestarse en levantarlos,

encontró un manojito de llaves, uno de los zapatos negros de Montenegro, a metros vio la gorra azul y fue allí cuando me percaté de que las migajas conducían al río Paraná.

Hacia allá se encaminó Simón mientras yo presagiaba un final que no se acomodaba en mi ofuscada mente. Quería comprender qué era lo que estaba pasando, pero no concebía una idea que tomara forma o volumen y si bien hacía calor, no pensé probable que Eric hubiese ido al río a refrescarse.

Nuestro barrio privado está al borde del Paraná y es un lujo que muy pocos se pueden dar cómodamente. Por eso, al estar tan cerca de las aguas pensé en un principio que Montenegro se hallaba a orillas del torrente.

La luz de la linterna de Simón se extinguió y sus pasos se volvieron más cuidadosos. Se aproximó adentrándose en la oscuridad hasta quedarse detrás de un árbol. Casi nada se veía a excepción de sauces, arbustos, penumbras y siluetas confusas.

En mi habitación ubicada en el segundo piso de mi casa no podía despegarme del telescopio y contenía la respiración creyendo que así vislumbraría mejor la escena que se negaba a ser descubierta. Por fortuna, las nubes se hicieron a un lado por un instante y la luna se mostró en su inmensidad. Si no hubiese habido luna no habría podido ver lo que vi con mi propio ojo y tampoco lo habría podido ver Simón con los suyos.

Eric yacía tirado en la orilla y sobre él había una mujer completamente desnuda que parecía hablarle al oído, al menos eso creí en un primer momento, pero luego vi que la cabeza de la mujer estaba como más inclinada, no le hablaba al oído izquierdo, era como si le estuviera besando en el cuello.

De repente me olvidé de todo pensamiento confuso al distinguir algo increíble. Vi que las piernas de la mujer se unían como pegándose una con la otra hasta amalgamarse y formar un sólo miembro y, como si fuera poco, esa extremidad se transformó en una larga y monstruosa cola de serpiente.

La luz de la luna fue interrumpida por las nubes que la cubrieron nuevamente y, mientras yo trataba de recuperar el alma que se me iba por el terror que estaba sintiendo y por la confusión de todo aquello que se iba acomodando en mi mente, vi que Simón quiso huir de allí para dejar otra vez solo a su compañero.

### III

Llamó mi atención un punto de luz que se transformó en un rayo que iba de un lado al otro. Cambié la posición de mi telescopio velozmente y vi a la señora Elisa Tondelli con la linterna de Eric en la mano y con el radio transmisor del sereno. Ella había levantado del suelo los objetos que habían caído o que había dejado su dueño.

De pronto, vi que la mujer obnubilada por la situación tomaba entre sus manos el *walkie-talkie* y movía la boca. Había hablado, de seguro había preguntado algo, algo que resonó en el radio de Simón, quien parado detrás del árbol se apresuró y con rápido movimiento lo tomó, quizá para reducir el volumen al mínimo. Pero el sonido habría provocado un incontrovertible llamado de atención en la criatura de cola de serpiente que dejó de besar a Eric en el cuello y levantó la cabeza

mirando en dirección a los árboles. Todo eso había sucedido antes de que la luna se ocultase por las nubes.

A pesar de la falta de luz, fui capaz de ver en la penumbra de la noche una silueta que se arrastró tan rápido como cuando un rayo cae a tierra, se aproximó a los arbustos y, cuando Simón iba a salir huyendo, se le apareció por delante.

En mi mente pude reconstruir aquella escena e imaginar lo que sintió Simón Alegría, el sonido del pasto al ser restregado por aquella enorme mujer serpiente, cuya silueta era más oscura que la penumbra que lo rodeaba todo, pero que dejaba entrever dos enormes ojos brillantes, rasgados y llenos de furia y deseo.

No pensé en una boca delicada en aquella criatura, sino en una manchada con sangre fresca sonriendo diabólicamente al custodio, quien habría sentido un aliento nauseabundo antes de que esas fauces llenas de colmillos como estacas filosas se clavaran en su cuello.

El grito desgarrador fue tal que hasta yo lo escuché como si hubiese estado al lado de la bestia y su presa. Vi que las luces de las casas del barrio se iban encendiendo poco a poco y que la señora Elisa corría despavorida a la suya. Al poco tiempo, la policía llegó.

Nadie me creyó al día siguiente cuando conté lo que había visto, todos escucharon a la señora Tondelli repetir que uno de los serenos había ido a pedirle medicina para su compañero, porque le dolía fuertemente la cabeza producto de un silbido que dijo haber escuchado.

De los guardias no se supo nada más porque no se encontraron sus cuerpos. Tampoco supe qué pasó con ellos porque mamá entró a mi habitación y viéndome pálido, luego de explicarle lo que había visto, me exigió cerrar la ventana y me ordenó que fuera a la cama al advertirme que una Lamia andaba cerca.



Ilustración de Diego Rolón